

Para Patricia:

Percival Cowley.

PERCIVAL COWLEY V. ss. cc.

con mucho afecto y admiración y también con gratitud por todo lo que nos has dado tan generosamente.

Homilía del P. Percival Cowley V. ss.cc. durante la Eucaristía del del Domingo V de Cuaresma (28.03.82) en la Capilla del Colegio Seminario Pontificio Menor.

"Para la construcción de una comunidad fraterna"

1. Una primera palabra de explicación: yo he tratado de invitar a todos los que he podido, e invitar, ciertamente, a quienes se me han olvidado. Hay nombres que no han venido a mi memoria oportunamente. Yo empiezo pidiéndoles disculpas a los que están aquí por otros que quizás también podrían estar y que por culpa y responsabilidad mía no están.
2. La segunda cosa es que les quisiera decir que me ha parecido oportuno hacer una invitación de esta naturaleza, como la que Uds. han recibido y les agradezco que hayan venido, también les quiero decir que en este mismo momento y a esta misma hora una comunidad de religiosas hace oración por nosotros y si me permitieran comenzar por una frase conocida les diría que con temor y con temblor me atrevo a hablarles, y al mismo tiempo, con afecto y a la vez con respeto.

En el deseo sincero de prestar un servicio evangélico, en la confianza de poder contar con Uds. en un sentido muy preciso: el del prejuicio de la buena fe y la buena voluntad -de Uds. hacia mi- y en la certeza, por parte de todos, de que la Iglesia "alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan las cargas de este oficio" (G.S.75) porque, de verdad, "la fe cristiana no desprecia la actividad política; por el contrario, la valoriza y la tiene en alta estima" (P.514).

3. Debo una palabra de explicación a algunos de Uds. que, aunque no comparten la misma fe, comparten sí una inquietud sincera por el hombre, por sus valores más propios y por su promoción. Les ruego me disculpen por haberlos invitado a una Eucaristía. Tal invitación no ha querido ser irrespetuosa de sus propias opciones en el campo religioso, solamente me ha guiado un aprecio sincero hacia sus personas y, también, una amistad que, me parece me permitía proceder como lo he hecho, sin correr el riesgo de ser mal interpretado.
4. En los últimos años, de una manera o de otra, hemos compartido muy profundos estremecimientos. El impacto de amigos que, desde hace tiempos más largos o cortos, no pueden regresar a su Patria; el dolor profundo por la partida de uno de ellos, llamado por el Señor, Don Eduardo, que, a unos más y a otros menos, nos ha dejado con la pregunta acerca de la significación de este hecho tan inexplicable para la pura razón humana.
5. Ellos, que están fuera contra su voluntad son, de alguna manera, un signo de una realidad frente a la cual no se puede siquiera dudar para calificarla desde una perspectiva ética.

Aquí están esas familias destrozadas, padres ancianos que no pueden compartir con sus hijos el atardecer de sus vidas y ni siquiera la despedida desgarradora de la muerte; hijos, distribuidos por todas las tierras y culturas, que van sintiéndose más y más lejanos del terruño que les vió nacer, más y más ajenos a la cultura que hizo de Chile una gran nación.

Aquí están los hombres y mujeres, en largo peregrinar, que buscan trabajo sin encontrarlo hasta llegar a golpear las puertas de la miseria y de la renuncia a la propia dignidad.

Ahí están los niños, con sus ojos abiertos y sus manos extendidas; ojos tristes de niños con hambre que ya no sabrán nunca lo que es poder confiar en sus padres; manos abiertas para pedir y recibir cada vez menos, manos que difícilmente aprenderán a dar.

Ahí está ese mundo de mentira y tinieblas que nos rodea a todos con el miedo, nos arrincona en los pequeños espacios del silencio y ha hecho hablar a tantos hermanos nuestros con el procedimiento vil de la tortura.

¿Para qué decir más? ¿Para qué insistir cuando todo lo sabemos, al menos los que aquí estamos? ¿Para qué seguir describiendo un cuadro de miseria, de disgregación social, de temores y miedos, de injusticias y persecuciones que, inevitablemente, nos aplasta y nos oprime?

6. Hace poco más de dos meses hemos sido también testigos de una despedida: la de un hombre que fuera calificado por nuestro Pastor como "uno de nuestros jefes", como "un cristiano, un demócrata, un político y un humanista". "La Iglesia, dijo también, se siente agradecida por el sacrificio de Eduardo Frei y sus compañeros que han hecho posible que la Doctrina Social de la Iglesia sea conocida y amada por un gran número de chilenos".

Y así como lloramos su pérdida, "la de un hijo preclaro que sacrificó gran parte de sus posibilidades de bienestar por llevar a la práctica la aplicación del Evangelio a la vida social del país", no podemos sino experimentar esperanza por los hombres que aquí han nacido y pueden nacer. El mismo señor Cardenal, daba, ese mismo día, "gracias a Dios porque Chile tiene hombres de la calidad de Eduardo Frei".

Si no podemos dejar que su palabra y su testimonio se pierdan en el tiempo que pasa; con él, cristiano ejemplar, vivo en el recuerdo y en la amistad que no perece, tenemos que mirar hacia el futuro. "Pareciera entonces -son sus propias palabras-, lo más lógico, para no extraviarse, no vivir pendiente sólo de la coyuntura da cada día, sino además, y muy principalmente, en -contrar una visión orientadora que permita vislumbrar hacia donde se camina, sin caer en optimismos vacíos ni en pesimismos que esterilizan".

"Lo expresado es aún más valedero para un humanista y cristiano que debe estar consciente que la esperanza es una virtud esencial y que nunca debe caer en un catastrofismo atemorizado" (El Mensaje Humanista, Ed. Aconcagua, Santiago, 1981, pg. 13).

Don Eduardo permanecerá vivo en la medida que seamos capaces de ser fieles a su palabra y a su testimonio, a sus actitudes y búsquedas. Nuestra admiración por él se probará en nuestra capacidad de esperanza, de una esperanza creadora, capaz de buscar y encontrar nuevos caminos para el hombre, para la libertad y la justicia, para la comunión fraternal.

7. Me considero amigo -realmente amigo- de muchos de Uds. y sé que con bastante más de la mitad de los que aquí se encuentran he podido compartir, como sacerdote, momentos importantes de alegría o de tristeza. En estos días he escuchado muchas cosas. He oído y sabido de descalificaciones de personas, de etiquetas puestas sobre ellas, de procedimientos a veces mezquinos y empequeñecedores, de quienes han sido tratados desconsideradamente y han quedado explicablemente heridos. Pero, también, y hay que decirlo, he sabido y he sido testigo de grandes y hermosas generosidades, de

miras altas y honrosas lealtades, de desprendimientos personales y de manos que se han vuelto a abrir para entregar y recibir confianzas fraternales.

Por eso me he permitido invitarlos a esta Eucaristía, llamarlos, convocarlos a ella.

Sé muy bien que este gesto podría ser muy mal interpretado. No faltarán quienes lo entiendan como una intromisión indebida en la competencia propia de los laicos, en la legítima autonomía del quehacer político partidista y podrán así llamarlo un gesto más de clericalismo.

No faltarán tampoco los que, desde dentro de la misma Iglesia vuelvan a acusarme de militancia política partidista.

Nada de todo ello me importaría si Uds. comprendieran que les he convocado porque si bien todas esas autonomía son legítimas, a la Iglesia -sobre todo frente a los cristianos- le corresponde señalar con San Pablo: "Hermanos: todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, si hay alguna virtud o algo digno de alabanza: tomadlo en cuenta. Y las cosas que aprendísteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, llevadlas a la práctica; y el Dios de la paz estará con vosotros" (Filip. IV, 8-10).

Es decir, he sentido de alguna manera, y Uds. me perdonarán de que haya sido así, la necesidad y la urgencia de señalar todo lo verdadero, noble, justo y amable que se ha dado entre Uds. no sólo en el pasado sino también en el presente, de agradecerles, junto al Pastor, no sólo a Don Eduardo sino también a sus compañe -

ros de ruta todo lo que han hecho en este país por hacer viable el pensamiento social de la Iglesia. De igual manera, de subrayar aquí -y en presencia de todos Uds.- el esfuerzo de tantos otros que ya partieron y que miraron y amaron el quehacer político como un verdadero apostolado y el testimonio y la herencia que como cristianos y como hombres de la política nos dejaron.

También me ha parecido pertinente hacer presente aquí la esperanza de muchos, de mujeres y hombres sencillos, de jóvenes que empiezan a asomarse a la vida -de multitudes inmensas que vimos reunidas y caminando juntas hace poco hacia el camposanto- y que no pueden ser frustrados, que plantean y gritan, desde el silencio impuesto, con plena legitimidad su derecho a la esperanza.

Por eso es que me atrevo a hablarles en nombre del Evangelio y en nombre de la Iglesia, en nombre de tantas esperanzas y dolores, en nombre de tantos rostros y frustraciones. Y, también por eso, no puedo tampoco callar cómo para muchos resulta un verdadero y formal escándalo el de la rencilla pequeña y mezquina, la descalificación de las personas y el trato vejatorio y descontentos en un grupo que pretende inspirarse en los llamados valores cristianos y precisamente en un momento como éste en que vivimos. Es claro que hay una desproporción ética entre las pequeñas mezquindades y las grandes calamidades que todos sufrimos.

Frente a la persecución, a la cárcel, al exilio, a la cesantía, al hambre, al desmembramiento social creciente, a los francos deterioros culturales y morales, se impone un llamado a la generosidad de todos. Sé, porque les conozco, que este llamado no puede caer en el vacío. El solo hecho de haber permanecido unidos hasta el presente, en medio de tantas dificultades, ya es testimonio de fidelidad a principios y valores y, en muchos de Uds. ,

de intento verdadero de llevar a la práctica todo lo aprendido, recibido, oído y visto en el mismo Señor Jesús.

8. A la Iglesia no la mueve otra intención que la búsqueda de la comunión entre los hombres. Ella sabe que no puede haber una más perfecta que aquella que nace de la fraternidad del conformar un solo cuerpo del que Cristo es cabeza, cuerpo que es, a la vez, cuerpo para ser partido y compartido, cuerpo de comunión con Dios y entre los hombres.

Por eso mismo, entiendo que el llamado es valedero. Pero es importante saber y experimentar, allá en lo íntimo de la conciencia personal de cada cual, que cuando la comunión de alguna manera se ha roto o resentido sólo queda, para restablecerla, el camino de la reconciliación y del perdón.

9. Si miramos hacia el pasado, más lejano o más cercano, seguramente ha habido muchos errores. ¿Quién no les comete? ¿Quién no los ha cometido en su vida? ¿Quién podría tirar la primera piedra? Son los aciertos y los errores los que van configurando la historia de los hombres. En su conjunto constituyen los hechos del pasado, más antiguo o más reciente, que ya no es posible remover. Ahí están.

El llamado del Evangelio es, por eso, profundamente realista y Dios mismo, que es Padre, se nos muestra primero como el que ofrece misericordia y perdón. Es posible hacer nuevas todas las cosas, recuperar el amor y el fervor primeros, sólo si se está dispuesto a pedir y ofrecer perdón.

No me corresponde meterme en materia de opciones contingentes o en materia de procedimientos políticos o de organización. Ellos

pertenecen a la legítima autonomía de los laicos en lo temporal, y si ha habido errores ellos podrán ser corregidos en el momento prudencialmente oportuno. Lo que sí me parece es que si quieren ser cristianos de verdad hay una materia en la que no pueden pretender ser autónomos ni autosuficientes. La fe nos urge a que dejemos que Dios sea Dios en nuestras vidas concretas y cotidianas. El único "nomos", la única ley, el único procedimiento definitivamente válido para el cristiano es la ley del amor: de ése que perdona y pide perdón; de ése que está dispuesto a empezar cada día de nuevo, con la novedad del reconocimiento de los propios errores; con el descubrimiento, también nuevo y hermoso, de reencontrar al hermano para poder seguir caminando con él.

De allí los llamados del Concilio a los hombres políticos advirtiéndoles que "las verdaderas fuerzas morales se basan en la libertad y en el sentido de responsabilidad de cada uno" (G.S.74).

Y ¿qué puede ser más urgente hoy en nuestro país que la presencia -toda la que sea posible- de verdaderas fuerzas morales que indiquen caminos y mantengan encendidas las lámparas en medio de la oscuridad del odio y la mentira?

¿Qué puede ser más significativo que la responsabilidad con la que se asume cualquier tarea -también la política-, responsabilidad que significa mirar hacia atrás con realismo pero, a la vez, disposición a jugarse por el presente para ir abriéndolo hacia el futuro, porque ambos, presente y futuro, siempre pueden ser mejores?

Responsabilidad que significa también urgencia de respuestas frente a muchos que claman por la justicia y necesitan confiar en hom-

bres honestos, sinceros y amigos de la verdad; en hombres capaces de responder en lo más pequeño que es, en definitiva, lo más fundamental: el respeto hondo por el otro, por la dignidad ajena, respeto que se juega en la práctica (y no en meras palabras o declaraciones de principios) y que exige -en la medida que ese otro sea en alguna forma más cercano- nuevas maneras de delicadezas, descubrimiento de nuevos y diferentes signos expresivos de ese mismo respeto, que no se emplearían en modo alguno con los de más lejos, aunque sólo fuera porque no los comprenderían.

Por eso, el mismo Concilio nos recuerda que "la mejor manera de llegar a una política auténticamente humana es fomentar el sentido interior de la justicia, de la benevolencia y del servicio al bien común" (G.S.73), todo lo cual, como sucede siempre que está empeñada o comprometida la caridad, es nuevo llamado a realizar hasta los gestos más pequeños y sencillos y a ser pacientes, benignos, sin envidia; ni presumidos ni engreídos; prestos a perdonarlo todo, a creerlo todo, a esperarlo todo, a soportarlo todo (Cf. I Cor. XIII, 4-7), aprendiendo cada día a ser fieles en lo poco como camino para llegar a ser constituidos sobre lo mucho.

Y estas fidelidades -que pueden parecer las menores- son realmente las mayores porque los grandes amores se juegan en los más pequeños gestos. De sus ausencias o presencias depende siempre

su progreso o deterioro. De hecho, no hay otro lenguaje real para el hombre. Aquí no sirven las palabras en cuanto pueden ser la expresión de ideas abstractas. Sólo sirven aquéllas que son lenguaje de interioridad, formas para dar al otro lo que le corresponde, es decir, sólo sirve aquello que puede ser un salto real hacia el otro, hacia su propio corazón y que le permiten ser, con sus errores y sus aciertos, con su historia, aceptándolo y creyendo hasta el fin en su dignidad y en su capacidad de crecer y ser mejor, de amar más, de dar más de sí mismo hasta llegar a darlo todo porque, por último, sabemos que sólo el grano de trigo que cae en tierra y muere produce fruto; sólo la generosa renuncia, el don de sí, puede resultar fecundo y creador, instaurador de nuevas esperanzas.

De allí que se pueda afirmar -en este sentido preciso- que la democracia más y antes de ser un sistema de organización política, es una actitud y una manera y estilo de vivir incluso en lo más personal y familiar y que postularla hoy en nuestra Patria como tal organización política exige de cada uno vivirla en lo más cotidiano y entrañable de la vida, procurando comprender al otro, perdonándolo o acogiendo con benevolencia el perdón, queriendo realmente el bien de los demás, poniendo la mirada más allá de los propios intereses por legítimos que ellos fueren.

10. Es en este sentido que el poder puede participar tanto de lo demoníaco como de lo divino,

Por eso, el mismo Vaticano II define la política como "Ese arte tan difícil y tan noble". Que sea difícil está a la vista en la presente situación del país, donde muchos de Uds., por no decir todos, y de distintas maneras, han vivido jugándose, postergando cualquier interés subalterno, en nombre de una verdadera fe en el hombre, en su futuro y en su destino. Que sea difícil está también a la vista en las dificultades que Uds. mismos están viviendo hoy y que no se producen sino por esas inevitables fallas humanas, por esos descuidos y olvidos de los gestos más adecuados y oportunos, por esas liviandades que juzgan a otros por las apariencias o descalifican a terceros sin darles ocasión para ser ellos mismos, que, de pronto, no alcanzan tampoco a "reconocer -como lo dice el Concilio- la legítima pluralidad de opciones temporales discrepantes" (G.S.75)

La pasión del poder puede, de hecho, desatar en nosotros y suscitar bajezas de cualquier índole pero - y por eso es noble- puede invitarnos a una identificación con el corazón de Dios cuyo poder se expresa no sólo en la obra de la creación, regalada a todos los hombres y no sólo a algunos, sino también - y sobre todo- en su misericordia que se nos dice entera en la descripción del varón de dolores que nos hace el profeta Isaías: "Le vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado. El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él,

sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes" (Is.53, 3-7).

La política y el poder pueden ser nobles en la medida que pretendan ser un servicio -servicio en el cual el mayor se haga como el menor- y si de ello se trata habrá que pasar inevitablemente por la cruz porque no se puede servir sin renuncia, sin despojo de sí mismo, sin olvido de sí para procurar el bien de los demás.

Por eso, también -y puede resultar paradójal- el cristiano que busca el poder no puede pretenderlo sin saber que, de alguna manera, debe llegar a perderlo. Uno de los servicios del poder está precisamente en abrir más y más los caminos de la democracia, en abrir espacios nuevos y más adecuados para la participación de los demás en ese mismo poder. Esa es una tarea abierta en toda democracia y, una vez más, una actitud y un estilo de vida hasta en lo más cotidiano.

Sabemos cuáles han de ser los fines para el cristiano que participa en política, pero podemos olvidar que ellos deben estar también presentes en los medios empleados para alcanzarlos y los medios tienen que ver con los métodos, las actitudes y los estilos. No puede perseguirse fines nobles utilizando estilos que no lo sean.

11. Les decía que toda la misión de la Iglesia se juega en la búsqueda de la comunión entre los hombres. Para ello, para alcanzarla, es necesario imponernos estilos de comunión que dejen siempre abiertos los espacios para la discrepancia, reconociendo su riqueza y aporte necesarios para descubrir los nuevos desafíos y los nuevos caminos pero, a la vez, hacer espacio para las personas y sus búsquedas y valorizarlas cons-

tantemente en lo que cada una de ellas es: "imágen y semejanza de Dios" por mucho que tantas veces no hagamos sino ocultar y ensuciar su rostro con nuestra manera de vivir.

12. Vamos a celebrar ahora la Eucaristía, el signo del Sacramento de la comunión por antonomasia. Yo les invito a deponer todo lo que la impida, a renovar la confianza de unos en otros, a pesar de las posibles y legítimas discrepancias que pudieran darse entre Uds. Les invito también a realizar aquí, delante del Señor, un gran gesto de reconciliación y perdón recíprocos. Les invito, de igual modo, a ser máximamente realistas, a constatar que todo lo viejo pasó y a vivir aquí, juntos, la decisión de hacerlo todo nuevo y, en ese mismo sentido, a reconocer los errores cometidos, a comprometerse en corregirlos para el futuro y a iniciar, una vez más, unidos en una misma fraternidad, un servicio que Chile necesita y que Uds. no le pueden negar; un servicio que la Iglesia les pide realizar con altura de miras, con corazón generoso y desprendido, con una nueva esperanza que nace y se renueva en la certeza de que el perdón es posible.

Sé que para muchos de Uds. estos días han sido crucificantes -que les valgan como Cuaresma- como experiencia de ese mismo Cristo que aprendió sufriendo a obedecer y, una vez más, como nueva certeza en la fe que sólo el grano de trigo que cae en tierra generosamente entregado, abierto y ofrecido, es el que resulta fecundo y da mucho fruto, fruto rico y hermoso que miles y miles esperan de Uds.

Amén.